

Literatura y lenguas

# Victoria Ocampo: extranjería y giro sudamericano



La escritora María Rosa Lojo traza una semblanza erudita sobre Victoria Ocampo, quien fue políglota y bilingüe en francés-español. Ocampo fue calificada en su tiempo como «extranjerizante» y, sin embargo, fue una gran promotora de una empresa de cultura de alcance continental con la que dio a conocer los más prestigiosos autores europeos contemporáneos al público hispanoamericano y también difundió la obra de los argentinos y de otros escritores de Latinoamérica en todo el mundo.

| Por **María Rosa Lojo** |

**V**ictoria Ocampo (1890-1979), viajera políglota (y bilingüe en francés-español), nacida en plena «era victoriana» rioplatense, en la clase alta de origen criollo, siente de entrada las limitaciones impuestas, por su condición genérica, a su deseo de independencia<sup>1</sup>, así como la «minusvalía» de carecer de educación académica y, sobre todo, la de pertenecer a un país que no se percibía a sí mismo —al menos desde la óptica de las clases altas— como verdadero creador de cultura, sino antes bien como consumidor de la alta cultura europea y hablante de una lengua (el español) considerada rústica y deficitaria<sup>2</sup>.

1 La *Autobiografía* de Victoria Ocampo y los diarios de Delfina Bunge (publicados por su nieta Lucía Gálvez) han dejado testimonio de las limitaciones de ese dorado gineceo, aun en las familias más cultas y volcadas hacia el cultivo de las artes y las ciencias, como la de Bunge.

2 La clase alta argentina (sobre todo, la porteña) de la época alimenta un decidido desdén por la cultura española: «En nuestro caso debemos de tener en cuenta, por añadidura, una especie de desdén latente hacia lo que venía de España [...]. Además, debido a otro fenómeno, que sería curioso analizar, nos volvíamos al francés por repugnancia a la afectación. La penuria del español que aceptábamos nos lo tornaba imposible. Rechazábamos su riqueza; rechazábamos esa riqueza como una cursilería» (Ocampo 1981, 29).

Para Ocampo el francés es mucho más que la lengua culta de referencia. Es la lengua de los afectos, de la memoria, de la profunda intimidad. No tiene más remedio que escribir en francés, por tanto, pero lo hace con mentalidad, intención y vivencias, por supuesto, sudamericanas: «Lo que escribo en francés no es francés, en cierto sentido, respecto al espíritu. Y sin embargo —he aquí el drama—, siento que nunca vendrán espontáneamente en mi ayuda las palabras españolas, precisamente cuando yo esté emocionada, precisamente cuando las necesite. Quedaré siempre prisionera de otro idioma, quiéralo o no, porque ese es el lugar en que mi alma se ha aclimatado» (Ocampo 1981, 25).

Véase, además, en este sentido el testimonio de María Rosa Oliver, perteneciente también al «patriciado» argentino: «... descubrí la literatura francesa antes que la española (aunque aprendí versos del *Martín Fierro* y del *Fausto* de Estanislao del Campo al mismo tiempo que los mandamientos de la ley de Dios) porque pertenecía a un sector social influido por el liberalismo de los enciclopedistas y formado por él [...]. Solo cuando ya estaba mentalmente formada pude apreciar a Cervantes (¡y cómo!), a Quevedo, Lope, Calderón, y entonces lamenté no haberlos leído antes. No haber descubierto antes el esplendor y la fuerza del idioma que me había tocado en suerte hablar...» (Oliver 1970, 336).

Niña de fortuna en un país nuevo y rico, Ocampo se siente, sin embargo, despojada culturalmente. La lengua de su tierra de nacimiento le parece excluida de la capacidad de pensar, casi un sonido inhumano («un género especial de mugidos», 27) o una jerga instrumental, apenas útil para las inmediatas rutinas de la vida diaria<sup>3</sup>. La Argentina se le ocurre un desierto donde la cultura no nace del suelo: hay que traerla hecha, si es posible de París o de Londres, como otra mercancía suntuaria. Las señoras de su clase social, ocupadas en tener hijos, ir a la iglesia y hacer y recibir visitas (además de alguna eventual habilidad artística exhibida solo puertas adentro)<sup>4</sup>, muy lejanas de las damas de fuerte opinión privada y pública que rodearon a su antepasada literaria Eduarda Mansilla, no constituyen precisamente un modelo para esta joven que no sabe dónde volcar sus grandes energías.

Ocampo comienza a ver otros modelos posibles en otros territorios. Toma conciencia de que el español puede ser una lengua del pensamiento y una lengua literaria, gracias al conocimiento de Ortega y Gasset, que no era justamente un filósofo feminista, pero tenía una virtud que las argentinas le agradecieron en especial. Como señalaba María Rosa Oliver, fue el primero que se molestó en hablarles como a seres inteligentes. Victoria se lanza así a la conquista de un español flexible, aunque cree que este idioma «no le será nunca dócil» (31). De cualquier manera, su escritura mantendrá siempre las marcas del francés y de otras lenguas que le son queridas, como el italiano (decisivo para ella a través de Dante, sobre el que escribió su primer ensayo) y el inglés. Abundan en sus textos los llamados «barbarismos» (la lengua del extranjero, aunque este no fuera precisamente el «bárbaro» para los argentinos de su clase) y las citas literarias en otras lenguas. Paradójicamente, se sitúa así en el centro de una tradición muy argentina. No de otro modo escribieron los hermanos Mansilla, Lucio y Eduarda, con

3 «Muchos de nosotros empleábamos el español como esos viajeros que quieren aprender ciertas palabras en la lengua del país por donde viajan, porque esas palabras les son útiles para sacarlos de apuros en el hotel, en la estación y en los comercios, pero no pasan de ahí» (Ocampo 1981, 28).

4 El estado de la educación femenina en las clases altas fue admirablemente descrito en la novela *Stella* (1905), de Emma de la Barra de Los Llanos, que la firmó con el seudónimo de César Duayen. La vacuidad y el hastío de las señoritas argentinas contrastan con la energía y la sólida formación de Alexis, hija de una argentina y de un científico escandinavo, que ha hecho estudios académicos y que no es comprendida por las mujeres de su familia materna.

la diferencia de que sentían el castellano como su lengua connatural<sup>5</sup>. El estilo de Ocampo es tan conversacional y tan digresivo como el del autor de las *Causeries*.

Esa Francia, a cuya lengua tanto debe, no le proporcionará, sin embargo, un modelo de escritora con el cual identificarse en sus años de formación. Naturalmente, no podía pensar en sus inmediatas antecesoras: las argentinas decimonónicas. Estaban del todo olvidadas, salvo como rareza, y en tal calidad exhumará sus obras Ricardo Rojas, en el tomo *Los Modernos* (1922) de su *Historia de la literatura argentina*. Su búsqueda de referentes femeninos en la literatura desembocaría primero en una escritora de Francia, la condesa de Noailles. Pero la desilusionan profundamente sus opiniones con respecto a las posibilidades generales del sexo femenino: «La actitud de algunas mujeres singulares, como Anna de Noailles, que se pasan al campo de los hombres aceptando que estos las traten de excepciones y les concedan una situación privilegiada, siempre me ha repugnado» (Ocampo 1982, 107). Estas palabras se las dirige, en 1934, a otra escritora extranjera, en la que sí encuentra un verdadero paradigma, estético e ideológico, y a la que dedica un libro. Como Virginia Woolf, Victoria Ocampo busca su cuarto propio, y su escritura no disfraza su sexo ni reniega de él: «Mi única ambición —dice entonces— es llegar a escribir un día, más o menos bien, más o menos mal, pero como una mujer» (104), sin considerarse por eso inferior a los hombres escritores<sup>6</sup>.

Para llegar a esta convicción, Ocampo ha tenido que liberarse primero de algunas admiraciones incondicionales, de la *heroworship* (la adoración del héroe —masculino—) a la que era tan propensa y que nunca la abandonó del todo. Desde una posición experimentada como indigencia y vacío (el vacío que adjudica a América, el «hambre» de la que también le habla a Virginia Woolf),

5 Había dicho Lucio: «No hay nación que yo ame más que la España ni lengua que me guste más que la española; porque es tan clara y tan precisa como la lengua inglesa, y tan armoniosa y tan bella como el mismo italiano. La primera vez que yo dije “Te amo” fue en esta lengua» (Lucio V. Mansilla 1963, 485).

6 Otro modelo femenino muy valioso para Victoria Ocampo fue la educadora española María de Maeztu, a la que conoció en 1926 y a la que admiraba especialmente por sus dotes oratorias. Después de Ortega, Maeztu le demuestra que no solo se puede pensar en castellano, sino en castellano y en femenino (Vázquez 2002, 129-130).

&gt;&gt; Victoria Ocampo: extranjería y giro sudamericano



busca sucesivamente en intelectuales extranjeros a los que dedica admiración devota la respuesta a todas sus preguntas, la manera de cubrir esas carencias. Rabindranath Tagore (por el que siente veneración genuina) representará para ella el acceso a una nueva visión poética y religiosa (pero también la fuente de múltiples malentendidos culturales); Ortega y Gasset será la inteligencia que sabe hablar en español (aunque asimismo el filósofo que considera a la mujer creadora como una anomalía); Keyserling, el gran viajero, es el que ofrece la unión de Oriente y Occidente, la promesa de una vasta revelación y el mayor de sus desengaños personales. El representante de la espiritualidad y la razón europeas no tarda en transformarse para ella en el heredero de Gengis Khan cuando se empeña en convertir la admiración filosófica de Victoria en entrega erótica y cuando demuestra que el continente logos masculino (supuestamente encarnado en el filósofo) puede devorar toneladas de ostras, beberse docenas de botellas de *champagne* o incurrir en ataques de cólera por un puré de papas mal servido. Los inmoderados apetitos del conde en todos los terrenos, su asombrosa proclividad para convertir sus impresiones y sus personales resentimientos en la piedra fundadora de teorías filosóficas

sobre los sudamericanos y, sobre todo, *las* sudamericanas terminan de convencerla de que sus héroes tenían pies de barro y de que estaba proyectando en ellos sus propias aspiraciones creativas<sup>7</sup>.

Luego del diálogo de sordos con Keyserling<sup>8</sup>, vendrá la amistad fructífera con Waldo Frank, un americano disidente del Imperio del norte, que descrea de la religión del dinero y, fascinado por España y por Hispanoamérica, la embarca en la tarea de fundar una revista capaz de tender un puente entre ambas Américas. *Sur* cumplirá en parte esa función, pero no será solo eso. Victoria, que no pone en un pedestal a Waldo Frank, como puso a sus predecesores, imprimirá a su obra la dirección que ella misma juzgue conveniente. Para 1936, *Sur*, que no solo es una revista, sino también una editorial, habrá publicado dos fundamentales

<sup>7</sup> Así, dice Doris Meyer: «It forced her to recognize her tendency to heroworship for what it was: a projection of her own creative aspirations» (1979, 90; véase 70-91).

<sup>8</sup> He analizado esta complicada, y por momentos grotesca, relación en un ensayo (Lojo 2004a) y una novela (*Las libros del Sur*, Lojo 2004b). Victoria Ocampo, luego de la muerte del filósofo y la publicación de las memorias de este, se sintió compelida a publicar su propio descargo (Ocampo 1951).

ensayos suyos. *La mujer y su expresión* (1936) defiende la singularidad (pero también la universalidad) de la expresión femenina y señala la necesidad de romper el incesante monólogo varonil para ensanchar el testimonio literario de la experiencia humana. En *Supremacía del alma y de la sangre* (1935), aboga por otro derecho a la diferencia: el de América (sobre todo, el de Sudamérica) con respecto al baluarte de la llamada «razón europea». Los americanos, hombres y mujeres, tienen otros parámetros expresivos y desde otro contexto. Esto no los hace inferiores a los europeos; simplemente, los hace distintos.

También en 1936 Victoria Ocampo, junto con su gran amiga y cofundadora de *Sur*, María Rosa Oliver, se comprometía en otra fundación reciente: la de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA), que luchó, con éxito, contra el gobierno conservador del entonces presidente Justo para impedir que las mujeres perdiesen el derecho de administrar sus bienes que les había sido concedido poco antes<sup>9</sup>.

Victoria Ocampo, denostada a menudo como «extranjizante», sería, sin embargo, la gran promotora de una empresa de cultura de alcance continental, que no solo daría a conocer los más prestigiosos autores europeos contemporáneos al público hispanoamericano, sino que difundiría hacia el exterior la obra de los argentinos y de otros escritores de Latinoamérica, en un pie de igualdad con los centros hegemónicos. Asimismo, terminó por asumir su posición como mujer escritora de este continente y abrió camino a otras colegas, proclamando el derecho no solo al cuarto propio, sino a la voz propia, que su gran revista ayudó a expresar y a consolidar. ■

<sup>9</sup> La UMA fue fundada en 1936 por Susana Larguía y María Rosa Oliver. Victoria Ocampo fue elegida como su presidenta. Esta asociación aglutinó a mujeres de todas las clases sociales y se propuso como primer objetivo la defensa de los derechos civiles y políticos de la mujer (Vázquez 2002, 185-186; Calvera 1990, 25).

## BIBLIOGRAFÍA

CALVERA, Leonor (1990): *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

LOJO, María Rosa (2004a): «Victoria Ocampo: un duelo con la sombra del viajero», *Alba de América*, n.º 43 y 44, vol. 23 (julio), 151-165.

— (2004b): *Las libres del Sur*, Buenos Aires: Sudamericana.

MANSILLA, Lucio V. (1963): *Entre nos. Causeries del jueves*, 1.ª ed. 1889-1890, prólogo de Juan Carlos Ghiano, colección El Pasado Argentino, ed. Gregorio Weinberg, Buenos Aires: Hachette.

MEYER, Doris (1979): *Victoria Ocampo. Against the Wind and the Tide*, Nueva York: George Braziller.

OCAMPO, Victoria (1935): *Supremacía del alma y de la sangre*, Buenos Aires: Sur.

— (1936): *La mujer y su expresión*, Buenos Aires: Sur.

— (1951): *El viajero y una de sus sombras. Keyserling en mis memorias*, Buenos Aires: Sudamericana.

— (1981): «Palabras francesas», en *Testimonios. Primera serie/1920-1934*, Buenos Aires: Ediciones Fundación Sur, 15-32.

— (1982): *Virginia Woolf en su diario*, 1.ª ed. 1974, Buenos Aires: Sur.

OLIVER, María Rosa (1970): *La vida cotidiana*, Buenos Aires: Sudamericana.

VÁZQUEZ, María Esther (2002): *Victoria Ocampo. El mundo como destino*, Buenos Aires: Seix Barral.